

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO I
27 de Octubre de 1888.
NÚMERO 4.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

EMILIO ZOLA

De los cuarenta y ocho años que cuenta el maestro (nació en París en 1840), ha pasado la mitad, lo menos, luchando, unas veces con las dificultades de la vida, otras contra las preocupaciones literarias.

Triunfó de aquéllas por la tenacidad del trabajo, y de éstas por el calor de sus convicciones literarias, á las que á última hora le acusan de haber hecho traición.

Fruto de su combate con la vida es una posición holgada, y de su lucha por el naturalismo la serie que empezó en *La Fortune des Rougon*, y sigue en *Le Rêve*. Este libro, acabado de publicar, da actualidad á la personalidad vigorosa del maestro, y justifica la elección que hacemos de ella para el número de hoy.



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.
Seis meses..... 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS
» ATRASADO, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



A. Pons

DIARIO CÓMICO



Sábado 20.

Ocurrió en este sábado lo que en los dos anteriores. Llovió.

Proponemos que se modifique la frase de «No hay sábado sin sol» en este sentido:

«No hay sábado sin lluvia.»

O sin puñaladas.

Una cigarrera de pelo en pecho ha dado hoy varias á una amiga suya.

¿Con qué dirán ustedes?...!

¿Con una navaja de Albacete?

¡Quiá!

Con la uña de hoja de lata que usa para liar los cigarrillos.

Si estas gatas de Madrid querido lector, te gustan, por Dios, no las acaricies que pueden sacar las uñas.

Día 21.

Recibimos por el correo la tarjeta siguiente:

Pilar Silva y Grande.

Zaragoza, 20.

Ignoramos lo que quiere decir esto.

¿Será alguna nueva suscritora?

El célebre doctor Tanner, rival de Succì, comunica á la Academia de Medicina de París que ha logrado obtener el estado de adormecimiento en que algunos animales pasan el invierno, sin comer ni moverse, y añade que todo el mundo puede hacerlo como él.

—¡Vamos! la invención no es mala.
¡Ya estoy viendo al caballero pasar un invierno entero con el pico bajo el ala como duerme mi jilguero!



Lunes 22.

Hoy se estrena *El Enemigo*, pero eso no va conmigo.

Al regresar á Madrid de su excursión veraniega cierto apreciable caballero, encuéntrase con la novedad de que una hermanita suya ha ingresado en un convento, contra la voluntad de la familia.

¿Y qué hace?

Se dirige al convento.

«Sube, llama, le abren, entra...»

Y comienza á bofetadas con la hermana tornera, sigue dando cachetes á la superiora, y termina llevándose incontinenti á su parienta.

Este distinguido joven ha adelantado esta temporada las representaciones de *Don Juan Tenorio*.

Porque, de seguro, diría aquello de...

...«¿Piensas que rompí la clausura, temerario, para dejármela aquí?»

Ignoramos si la Galería dramática *El Teatro* ha cobrado derechos de esta representación.

Suponemos que sí.

23 y martes.

Ha muerto en París el general Salomón, ex presidente de la república de Haití.

Cuenta un periódico que el general era un hombre de más de dos metros de estatura, y su gran cabellera blanca, rodeando su rostro negro, le daba un aspecto especial.

¡Buen tipo!

Ahora que tanto se habla de las reformas militares, he aquí una que rebajaría considerablemente el presupuesto de Guerra. Exigir á todo el que aspirase al generalato, una talla, por lo menos, como la del general Salomón.

Con talla tan colosal, ¿qué buen mozo llegaría á ser aquí General...? ¡Únicamente podría llegar á serlo, Vital!



Estamos á 24.

Primer día en que se presenta á declarar en la célebre causa del *muerto resucitado*, Concha Somera.

Y ni someramente podemos dar noticias de este asunto á nuestros lectores, por el reducido espacio de que disponemos en esta crónica.

¡Y cuidado si podríamos llenar cuartillas!

El procesado, ¿se llama Eustaquio ó Eugenio...?

¿Es bizco ó no es bizco?

¿Era ó no era cojo?

Y si era cojo, ¿de qué pie cojeaba?

¡Cualquiera pone claro este lío!

Lo que está fuera de toda duda es que Concha Somera ha desempeñado

con este nuevo Lázaro el papel de Jesús.

Y así como el Señor dijo al otro: «Lázaro, levántate y anda,» ésta ha dicho al de San Baudilio: «Eustaquio, márchate y cobra.»

Sólo falta saber si cobrará.

Pero eso lo dirán los Tribunales.

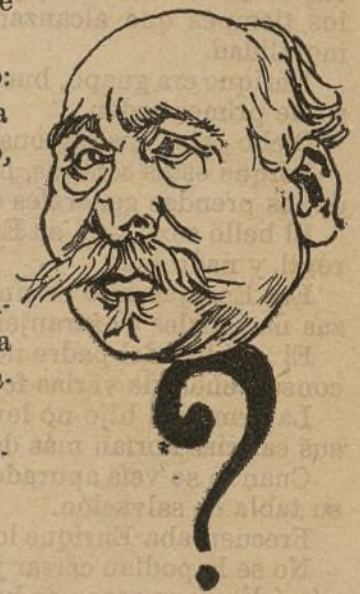
Y si cobra y se incauta de su cuantiosa herencia, bien puede decir la Somera que ha hecho más que *levantar un muerto*.

¡Eso es levantar todo un cementerio!

Jueves 25.

Lo de todos los días. En el paseo de Melancólicos...

Se avistan los guardas con los matuteros, y hay una de tiros que es cosa de verlo. Después del combate, reñido y sangriento,





del campo recogen heridos y muertos, zapatos, estoques, fusiles, sombreros, pero... ¿y el matute, la causa, el pretexto de aquella batalla que pone los pelos de punta? ¿El matute? ¡Vaya usted á saberlo! ¡Ese no parece ni vivo ni muerto, ni chico ni grande, mojado ni seco! Y todos convienen, y están en lo cierto, ¡que hay sobra de tiros y falta de celo!

Día 26.

Sorprende de una casa de juego en el café de la Universidad.
¡Qué casualidad!
Se asegura que estaban jugando al *baccarat*.
¡Qué inmoralidad!
Que casi todos los puntos pertenecían á la misma Facultad.
¡Qué atrocidad!
Que el subinspector ha tenido que sacrificar la barba.
¡Qué barbaridad!



ENRIQUE de P... tenía tan mala reputación entre los hombres, como partido entre las mujeres.

Era natural.

La preferencia con que el bello sexo *disponible, en operaciones ó de reemplazo*, distingue á un hombre, engendra la envidia de los demás.

Y la envidia, lejos de distribuir elogios, propala injurias ó difunde las verdades que puedan molestar á los individuos que son objeto de ellas.

Enrique era jugador, mujeriego, amante de la orgía, y dilapidador de su fortuna.

Debía dinero á casi todas sus compañeros de tapete, en todas las joyerías, en todos los *restaurants* de buen tono y á tres cuartas partes de los usureros de Madrid.

Es decir, debía dinero á todo el mundo.

Poseía una buena condición.

Cuando la ruleta ó el *baccarat* le ofrecía una racha favorable—lo cual significaba un ingreso de gran cuantía, porque Enrique jugaba fuerte—pagaba Enrique también á todo el mundo, incluso el sastre.

Esta circunstancia le daba, entre sus mismos detractores, cierta opinión de honradez, porque en los tiempos que alcanzamos, pagar al sastre es el colmo de la moralidad.

Enrique era guapo, buen mozo, muy elegante y tenía una *salida* de primer orden.

Dicho esto, huelga consignar que lo adoraban las mujeres.

Porque estas señoras, hablando en general, menos se ocupan de las prendas generales de los hombres, que de su estética.

El bello sexo veía en Enrique un dechado de hermosura varonil, y nada más.

Era Enrique hijo de un banquero de gran crédito en las plazas nacionales y extranjeras.

El crédito del padre no aumentaba el del hijo, perdido ya á consecuencia de varias fechorías.

La firma del hijo no levantaba en Madrid cien pesetas; pero sus caricias abrían más de una gaveta femenina.

Cuando se veía apurado y próximo á naufragar, el amor era su tabla de salvación.

Frecuentaba Enrique los salones más distinguidos de Madrid.

No se le podían cerrar justificadamente. Todo el mundo suponía á Enrique capaz de hacer una acción fea, á trueque de tener dinero; pero nadie podía asegurar que la hubiera hecho.

Presentóse una noche Enrique en el baile de la condesa de...

Más que de una gran recepción, tratábase de un *intimo que-darse en casa*, pero hecho á la manera espléndida del gran mundo.

Y preguntamos, llenos de ansiedad:

¿Pero será verdad?

¿Cómo está la sociedad?

Sábado 27.

Inauguración de las carreras de Otoño.

En el Hipódromo; diálogo:

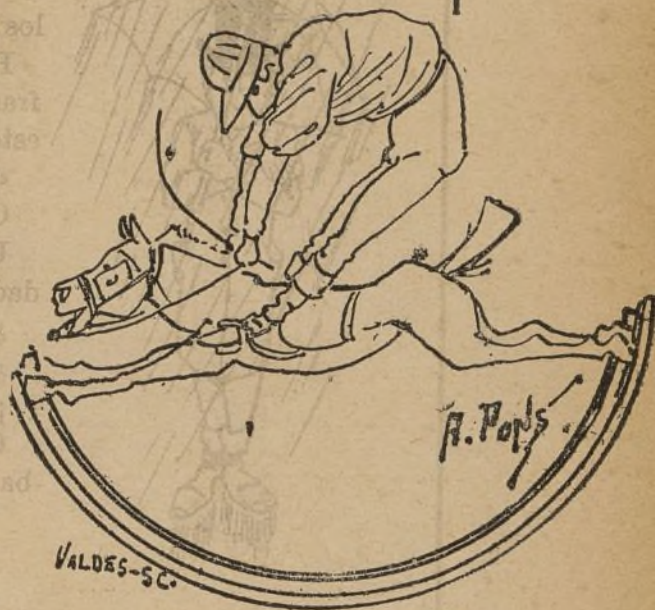
—¿Has visto á Elisa? ¡Qué escándalo! Iba con X.

—¡Pobrecilla! ¿Qué tiene que ver eso?

—¿La defiendes?

—¿Y por qué no?... Elisa es una muchacha encantadora, que ha resuelto el problema de vivir todo lo honradamente que es posible, fuera del matrimonio y del celibato.

E. NAVARRO GONZALVO.



CASTAÑAS

A las tres de la mañana se había cenado opíparamente.

El *baccarat*, empezado antes de la cena, seguía fuerte después de ella.

Los vapores del Champagne disminuían el valor del dinero; el tapete estaba lleno de oro y billetes de banco, que tan pronto ocupaban éste como el otro punto de la mesa.

Enrique había perdido hasta la última peseta.

En vano pedía dinero: nadie se lo prestaba.

Devorábale la sed del oro.

Con el mal humor consiguiente á pérdidas considerables, paseaba Enrique por un salón dando el brazo á la Condesa.

Notó que el Conde lo miraba con impertinente insistencia, rodeado de un grupo de amigos de Enrique.

—¿Qué pasa, señor Conde?

—Algo muy grave, respondió éste. En una casa tan honrada como la mía, acaba de cometerse un robo.

—Lo siento, repuso Enrique fríamente.

—Al general G... le ha sido robada una cartera que contenía 20.000 pesetas.

—¿Algún criado?

—No; las gentes de mi casa son fieles y honradas.

—¿Sospecha usted de alguien?

—De nadie concretamente; pero como á los seres honrados no les duelen prendas, hemos resuelto *todos*... ¿lo oye usted bien? *todos*... dejarnos registrar.

La Condesa dejó temblando el brazo de Enrique.

—A usted le toca el turno.

Y el Conde y sus amigos se adelantaron hacia Enrique, que dijo lleno de arrogancia:

—Al que avance un paso más, le meto una bala en el corazón á la hora que guste y donde quiera.

—¿No se deja registrar? Este es el ladrón, pensaron todos.

Todas las apariencias acusaban á Enrique.

—Quien teme, algo debe, añadió el Conde.

—El que se deja registrar es un canalla...

—Yo, siguió diciendo el Conde, veo en usted indicios acusadores.

—¿En mí? respondió Enrique lleno de indignación. ¿Quién?

—El frac oculta mejor los objetos de bulto en los bolsillos de los faldones que en el pecho...

—¿Y qué? dijo Enrique descaradamente.

—La cartera del General es grande, muy grande, y...

En este momento entró un criado en el salón.

—Señor, dijo á su amo; la cartera con el dinero ha parecido. Estaba detrás de una silla de la...

Enrique fuése hacia el Conde, que mudamente le pedía perdón.

—He aquí el motivo del bulto del faldón de mi frac, dijo Enrique.

Y enseñó una caja de medio kilo de... *Marrons glacés*.

—Las he tomado del comedor para llevárselas á mi madre. Este dulce es su delirio.

Huelgan los comentarios.

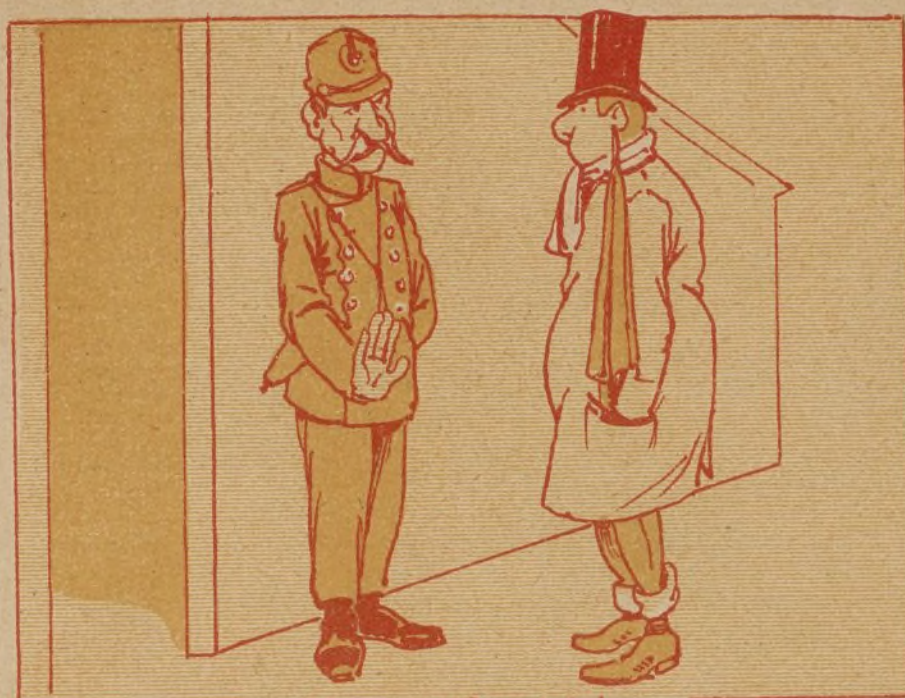
RAFAEL MARÍA LIERN.



SE PROHIBE LA ENTRADA



—Perdone usted; tengo orden...



—¡No se puede; atrás!...



—¡Atrás, atrás he dicho!...



—¡Circular, circular!...



—Pero, ¿cómo se dice circular?...



—¡Ea, fuera todo el mundo!...



—¡Aquí no se me acerca naide!...



—¡Olé la gracia y la...!

A. F. 1915



Ha el mas intimo amigo
de mi marido su

Guerrero
Hortuvel der/88



*Si veas este retrato
para felicitarte*



— ¡Quién pudiera saber
dónde va, cuando sale del taller!



El mayor monstruo, los celos.



En el terrible drama de la vida,
cuando el galán es memo, se suicida.

— Amo tanto á la hermosa Rosalia,
que, á dejarse comer, me la comía.



— Si hoy me llama chiquillo tu tutor,
mañana ha de llamarme vil raptor.

Ayuntamiento de Madrid

BIENESTAR
MUNICIPAL
MADRID

UN VIAJE EN DILIGENCIA

Al lucir de la alborada,
entre dormido y despierto,
me encaminé á la posada
del tío Antolín el Tuerto,
sita en la Puerta cerrada.

Y como es el madrugar
en mí, caso peregrino,
no quiero á usted relatar
las veces que en el camino
hube yo de tropezar.

Consigo llegar al fin:
al coche el ganado engancha
un hombre como un mastín,
y ya tiene usted á Joaquín
caminito de la Mancha.

Observo á mi alrededor,
y encuentro por compañeros
de viaje, un procurador,
un cura, dos vinateros,
un bizco y un herrador.

Iban á más, y no deja
de recordarlo mi mente,
pues la verdad lo aconseja,
al lado mío una vieja
y una morenita enfrente...

Eran dos soles sus ojos,
era una gloria su cara,
y eran sus labios tan rojos
que á un Santo dieran antojos,
como el Santo los mirara.

Mientras describo el pelaje
de la gente, bien ó mal,
rueda el pesado carruaje
con ese estruendo infernal
consiguiente á todo viaje.

Cruzamos la carretera.
¡Arzal grita el conductor,
cruje la fusta ligera

y todo es ruido y calor:
seguimos de esta manera
seis horas sin descansar,
y la confianza entrada
todos hablan á la par,
promoviendo una algarada
imposible de evitar.

El uno me ofrece vino,
otro me pasa el Ojén,
yo bebo y hablo sin tino,
mirando al rostro divino
de mi vecina también;

ó cesando en mis trabajos
por ver sus pies seductores
que asomaban por debajo
de los pliegues tentadores
de su vistoso refajo;

y su breve pie mirando,
en alas de una ilusión
iba meciéndome, cuando
me la arrebató, parando
el carruaje en un mesón.

¡Oh manchegas hosterías!
¿quién no os contempla dicho-
¿quién os admira gozoso, [so?
si ha buscado algunos días
en vuestros cuartos reposo?

¿Quién, al ver vuestros silla-
no presagia mil venturas? [res,
¡si ha dormido sus pesares
sobre vuestras camas duras,
de formas irregulares! [ros.

¿Quién no se complace al ve-
si el sueño de los viajeros
arrullan con suaves trinos
los gansos y los pollinos,
los gallos y los arrieros?

¿Quién no recuerda, por fin,
la Maritornes garrida
que, á serviros decidida,
á un tiempo se hace la crín

y revuelve la comida;
y la enorme variedad
de chicos que os encabeza,
demostrando la verdad,
si no de vuestra limpieza,
de vuestra fecundidad?

Yo, que os tengo examina-
y sufridas, y habitadas, [das,
por vosotras hago preces.
Benditas seáis mil veces,
¡oh mancheguiles posadas!

En una de éstas paramos,
y ya era entrada la noche
cuando de ella nos marchamos,
y su cocina dejamos
por los asientos del coche.

Noche de estío; calor,
treinta grados sobre cero;
silencio á mi alrededor,
y por luz, el resplandor
de un opaco reverbero.

Los viajeros dormitando;
yo, con afición mirando
de la muchacha el semblante,
y el mayoral entonando
una jota en el pescante...

Amigo, comprenda usted
que era excesivo trabajo
contenerme... La miré,
hacia mí su mano trajo
y yo su mano estreché;

y creo, pero no juro
porque estaba muy oscuro,
que fué mi amoroso exceso
subiendo, y casi seguro
que la hube de dar un beso.

Era un caso que doctores
no salvaran... De repente
se escucha un ruido estridente
que despierta á los señores
que dormitaban enfrente.

Rueda aquí el procurador,
muy reverendo señor,
y sus nobles compañeros
el cura, los vinateros,
el bizco y el herrador.

Puja la vieja un lamento
al resbalar de su asiento,
y salta roto un cristal,
mientras lanza el mayoral
un fnrioso juramento: [ceda

—¡Qué ocurre!—Dios nos con-
un milagro!—No se queje
—¿Qué ocurre?—Nada que

[pueda
doler. Que se ha roto el eje
y se ha partido una rueda.

—Y tendremos que marchar
andando?—Sin remisión
—¿Hasta dónde?—Hasta en-
auxilios en el mesón [contrar

del inmediato lugar.
—¿Y qué lugar es?—Caneja.
Allí es donde vivo yo,

dijo la vieja, y calló;
y al escuchar á la vieja
la muchacha suspiró. [mos,

¿Qué más decir? Que llega-
que ya imposible nos fué
hablarnos, que suspiramos,

que me miró, y la miré,
que tristes nos separamos,
y que á lomos de un rocín

falso y de perversas mafias,
lamentando el triste fin
de sus amores, Joaquín

pudo entrar en Valdecañas.

J. DICENTA.

POETAS FÚNEBRES

A Dios gracias, en la función dedicada al insigne Rafael Calvo por sus compañeros del Español, no habrá lectura de poesías.

La Comisión encargada de organizar esta solemnidad artística ha acordado reunir en un folleto las composiciones más ó menos poéticas dedicadas al difunto, y de este modo los padres de familia, ajenos á la rima, quedan en libertad de leerlas ó de legárselas á sus hijos para que se vayan enterando de nuestro florecimiento lírico.

No hay nada más triste que ir al teatro con el propósito de distraerse, y que salga un actor vestido de funeraria y rompa á leer con la voz entrecortada por los sollozos.

—¡Hombre! Yo he venido aquí á divertirme, exclama el espectador de buena fe que ha pagado su billete con el propósito de sacudir el yugo de su suegra y olvidar por un momento los sinsabores del matrimonio.

—Pues vamos á tener lectura para rato, le contesta su *adlátere*. ¿Ve usted á todos esos señores que parece que no hacen nada? Pues tienen su poesía correspondiente en el bolsillo del pantalón.

Así es, en efecto. Hay actores que están deseando el exterminio de sus semejantes para poder leerles media docena de octavas sobre la tumba; y aquella noche comen de prisa y corriendo, después de decir á sus esposas respectivas:

—Anda, mujer; saca la sopa, que hoy ha caído tela.

—¿Estrenáis algo?

—No; vamos á leer poesías *en loor* de Rodríguez, el característico que en paz descanse.

—Amén.

Menos mal si todos los que escriben versos sobre las tumbas de los artistas fuesen personas razonables; pero sucede á lo mejor que cualquier escribiente de consumos se cree con luces bastantes para componer un soneto, y después quien lo paga es el público, y el sentido común, y la gramática castellana.

Los organizadores de veladas poéticas suelen recibir visitas del tenor siguiente:

—¿Es usted D. Gumersindo?

—Servidor.

—Pues yo vengo á leer á usted una composición de esdrújulos que escribí ayer en el Ayuntamiento, donde me tiene usted á sus órdenes, negociado de atarjeas y pozos negros.

—Tantas gracias.

—He sabido que organizan ustedes una velada, y no quiero faltar, pues no es la primera vez que se han leído cosas mías. Cuando estuvo de días el Alcalde le hice una oda y se la leyó el secretario del Ayuntamiento en sesión secreta, por lo cual me remitieron á casa un pupitre de honor con incrustaciones y media docena de pañuelos del bolsillo.

—El caso es que tenemos ya una porción de composiciones poéticas...

—Lo supongo; pero dificulto que ninguna tenga más esdrújulos escogidos que la mía. Oiga usted:

“Ya que la Parca estúpida
te ha arrebatado fúlgido,
permite venga plácido
tu tumba á visitar...”

—¡Basta, basta!...

“Y de mi acento cándido
recibe el dón benéfico,
pues soy un bardo húmedo
que llora sin cesar...”

El individuo de la Comisión organizadora trata de despedir al vate; pero éste saca una carta de recomendación de un guarnicionero de la calle de Postas, persona muy influyente á quien no puede faltar el individuo, y éste dice entonces: —Corriente. Procuraré que le lean á usted eso.

—Diga usted al actor encargado de mi lectura que pronuncie bien la parte de abajo, porque es donde he puesto más esmero, y que diga bien claro mi nombre y mis dos apellidos: *Juan de la Cruz Salmonetin y Barbillo*.

—Vaya usted descuidado.

—Porque deseo que en mi país vean mis adelantos. Allí me tenían por un bruto, y el maestro me echó de la escuela dos veces, diciendo que nunca sería nada; pero, gracias á Dios, he dado pruebas de todo lo contrario, y en el Ayuntamiento vienen á buscarme los concejales para que les dicte las cartas y les corrija los discursos... Ea, abur; si hay que hacer algún desembolso con motivo de mi poesía, estoy aquí yo dispuesto á responder...

—¡Vaya usted al infierno!

Esto lo dice aparte el individuo de la Comisión; pero como no es cosa de desairar al guarnicionero, los versos se leen en la velada y los periódicos se deshacen en elogios declarando al joven



Salmonetín poeta inspirado y *titilador* de ternura infinita, aun que modesto y mal configurado.

Hay una porción de poetas como Salmonetín, que se pasan la vida en acecho, esperando que haya veladas para exhibir sus dotes intelectuales, y en cuanto tienen ocasión buscan recomendaciones y revuelven á Roma con Santiago para que les lean sus cosas en público.

Entre los versificadores fúnebres que conocemos, figura una señorita picada de viruelas, que no se ha casado por esta razón, y porque además tiene mal aliento; la cual señorita regala flanes á los individuos de todas las Comisiones, á ver si por este medio logra salir del *oscurantismo*, como ella dice, y la declaran *vata* nacional, como tantas otras, que no tendrán seguramente más inteligencia, pero que han sabido conquistarse una reputación envidiable y lucrativa.

LUIS TABOADA.

Ripios.



STEDES habrán oído decir que D. Manuel Cañete es poeta, y crítico, y hablista...

Pues han de saber que no hay tales Cañetes.

Vamos, que D. Manuel no es hablista, ni crítico, ni poeta, ni nada.

Por eso es académico.

Como hablista, me parece que habla bastante mal; creo que hasta echa peca dos y todo.

Como crítico... si tuviera criterio, ya no le faltaría más que conciencia para ser un crítico aceptable.

Entiéndase que hablo de la conciencia profesional, no de la otra, porque no quiero meterme en la vida privada. A más de que, sobre este punto, con decir que D. Manuel militó en el antiguo partido moderado, ya cualquiera sabe á qué atenerse.

Respecto á la conciencia profesional, es decir, á la conciencia que usa D. Manuel cuando ejerce de crítico, el amigo D. Luis Bonafoux averiguó tiempo atrás que el Sr. Cañete, en cuanto algún poeta tropical le envía una caja de cigarros buenos, le suelta un bombo que le aturde.

Y yo he averiguado posteriormente otras dos cosas.

La primera, que D. Manuel, cuando un escritor critica, aunque sea con razón, á algún amigo suyo, por ejemplo, á alguno de esos marqueses literarios que le convidan á comer cada lunes y cada martes, se desata contra el crítico en improperios y di charachos, como aquellos de *erial de lo pedestre, lodazal de lo chabacano y de lo inmundo, tropa ligera del periodismo, sandeces, babosear* y otros al símil, que de seguro no habrá olvidado don Manuel, porque le costaron una buena soba.

La segunda, que cuando el Sr. Cañete se encuentra con una obra de un amigo del todo desgraciada, como, por ejemplo, *La Pasionaria*, de D. Leopoldo Cano, no atreviéndose á decir que es buena, se calla durante mes y medio para que el vulgo aquél de que habló Lope la aplauda y la pague en Madrid y provincias; y luego, cuando ya la crítica no hace daño al éxito, sale diciendo en *La Ilustración* que la obra es bastante mala efectivamente.

Que es aquello que dice el refrán: «Después de la liebre ida, palos en la cama.»

Por ahora no se me ocurre decir más de D. Manuel Cañete como crítico.

Como poeta... verán ustedes.

Ante todo, es de saber que el Sr. D. Manuel Cañete publicó en el año de 1859 un tomo de versos, ó de *poesías*, como él las llama, impreso en casa de Rivadeneira, con ese lujo propio de todos los libros que no sirven.

Le tengo á la vista, pues le compré ya hace años, por medio real, en una librería de desecho, donde ya he visto después otros varios ejemplares; le tengo á la vista, y vamos á estudiarle un poco.

Lo primero que se advierte hojeándole es que todas las *poesías* que contiene son de esas poesías caseras, dedicadas así... á asuntos domésticos; del mismo género de las de Marcelino y de las del marqués de Heredia, con unos títulos más largos que los de los famosos artículos de *El Tiempo*, y casi tan prosaicos como las mismas composiciones.

Por ejemplo: *A D. Manuel Tamayo y Baus, con motivo de los aplausos de que es objeto en Madrid su admirable drama histórico titulado La locura de amor* (soneto).

Dónde ocurre naturalmente preguntar: ¿Qué habrá dejado este hombre para decir en el soneto, si ya todo lo ha dicho en el título, incluso que el drama es *histórico*, y que es *admirable*?

Y se contesta: «Pues en el soneto éste dice, y en las demás composiciones suele decir, lo mismo que ha dicho en los títulos,

aunque de una manera algo más revesada y algo más prosaica, si cabe.»

Otro ejemplo:

A D. Manuel Hoyos-Limón, insigne médico sevillano, y autor de El espíritu del hipocratismo, en su evolución contemporánea (soneto).

Otro:

Al pueblo español, al ir S. M. la Reina á presentar en el templo la augusta Princesa de Asturias, después del inicuo atentado del día 2 de Febrero (soneto).

Otro:

Lodart. Al director de un semanario de Montpellier, por haber dado á luz un elogio de este eminente profesor, gloria de la medicina contemporánea (epístola).

Y así. por este estilo, ¿qué poesía se ha de guarecer debajo de estos títulos tan largos?

Ahora, tras de estos ejemplos de títulos, pondré también algunos ejemplos de versos.

Verbigracia:

Escribe D. Manuel Cañete á D. Manuel Tamayo una *epístola*, y le dice de buenas á primeras:

«Caro Manuel, los bienes de la vida
Son cual humo fugaz; un solo instante
Desata el rayo y el granizo, y *tal...*»

¿Qué les va á ustedes pareciendo?

Advierto que D. Manuel no dice *y tal*, aunque lo debía decir; después de esos dos versos y tres cuarterones, no cabe decir otra cosa.

Pero D. Manuel dice «y tala.»

«Desata el rayo y el granizo, y tala...»

Ese *tala* parece otra cosa así como el rayo y el granizo; pero es un verbo que atornilla luego D. Manuel al verso siguiente.

Porque la gracia de estos versos que llaman libres, diz que está—ó estaría si la tuvieran, que no tienen ninguna—en quebrarse á lo mejor y dejar al que lee medio asustado.

Unos se quiebran por en medio, y otros por cerca de la punta, cuando parece que van á acabarse.

Son unos versos que, cuando están bien carpinteados así como los de D. Manuel, resultan tan monos y tan ridículos...

«Desata el rayo...

Que no estaba atado; pero, en fin...

Desata el rayo y el granizo—y tala
el florido verjel.—Así las glorias
de la esperanza y del amor.—En vano...
La segur embotar.—En el lindero
de lo finito y lo infinito,—sombras
y dudas sólo *la del hombre* encuentra
inteligencia limitada;—y cuanto....»

Sí. ¡Y cuánto tropezón! Como que todos estos versos se vienen á reducir á tropezones, con alguna transposición risible, como esa de *la del hombre encuentra*, que hace comenzar á pensar si *la del hombre* será la sombra que queda arriba, hasta que luego se descubre que es *la del hombre* inteligencia.

Más adelante se ensaña D. Manuel con una muerta, diciendo:

«Cuando el rayo divino se apagaba
en sus quebrados ojos....»

¡Qué barbaridad!

¡Pobre difunta!

Mire usted que haberla quebrado los ojos así... por gusto.

Y todavía sigue... preguntando:

«Pero ¿dónde me arrastra la memoria
de tan negras imágenes, y dónde
conforto hallar para dolor tan?...—(Pero
¿con qué diablos se come ese confort?
preguntarán ustedes. ¿Con *cucchiaro*?...»

Dejémosle que diga otro poquito:

«Yo así también, en misterioso lazo
de ignota afinidad...» (Y tan ignota
como será! ¡Valientes parentescos
habrá usted contraído en esa vida
de solterón impenitente, cuando
declara usted que ya no los conoce...)

Volvamos en D. Manuel, que dice:

«Yo así también en misterioso lazo
de ignota afinidad, salvo en las horas
de profunda abstracción....»

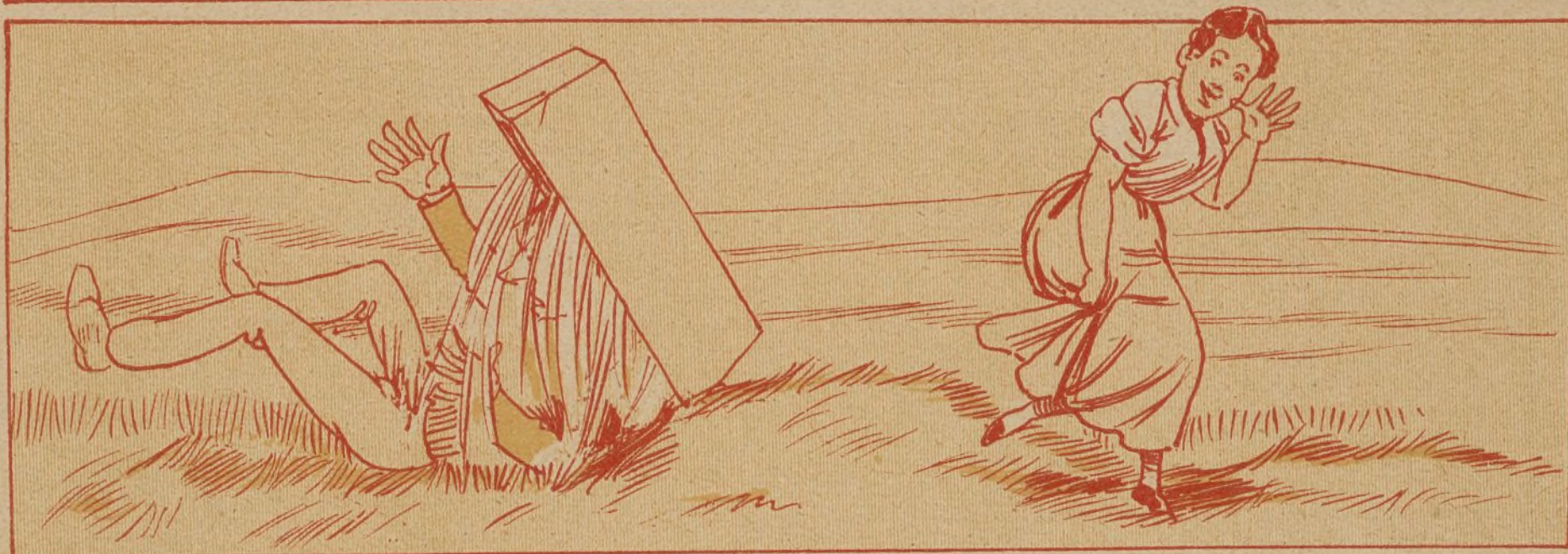
¡Quíá! Escuchen ustedes:

«..... Salvo en las horas
de profunda abstracción, el de la vida
desconocido límite.—Yo en alas....»

¡Valientes alas! Para ser tan pedestre como es usted y usar esas transposiciones ramplonas de «el de la vida desconocido límite» y «la del hombre inteligencia» maldita la falta que hacen alas.»

VENANCIO GONZÁLEZ





DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

Almanaque cupidinesco para 1889, escrito por los mejores literatos, ilustrado con más de 100 grabados y cubierta al cromo en 12 colores. (Año IV.)—Una peseta.

Spoliarium (cuadros sociales), por Joaquín Dicenta; ilustraciones de Cuchy.—Un tomo en 8.º y cubierta en colores, 3 pesetas.

¡Mártir ó Delincuente? poema por Francisco Salazar. Cubierta ilustrada de L. Pozo: una peseta.

Bonafoux (Luis).—*Yo y el plagio* Clarín. Un tomo en 8.º con el retrato del autor, una peseta.

Aubert (Carlos).—*Las novelas amorosas*. Publicación de gran lujo con ilustraciones en negro y colores, aguas fuertes y cubierta al cromo en 14 tintas. Se han publicado cinco tomos, al precio de 2 pesetas.

Fernández Shaw (Carlos).—*Tardes de Abril y Mayo*. Libro de amores. Edición de gran lujo, con más de 30 fotograbados directos de acuarelas originales de Cuchy Arnau, elegantísima cubierta en papel Japón, con grabados en colores.—Un tomo en 4.º, 3 pesetas.

Daudet (Alfonso).—*Tartarin en los Alpes*. Versión castellana de Eusebio Blasco. Edición de gran lujo con 154 grabados de Jiménez Aranda, Beaumont, Montenard, Myrbach y Rossi, prólogo del traductor y autógrafo de Daudet. Un tomo en 4.º, de 320 páginas y cubierta á la acuarela, 5 pesetas.—Encuadernado en tela, planchas de oro, 7 id.—Id. holandesa, corte rojo, llanas porcelana, 7 id.

NOTA. Los ejemplares encuadernados llevan también el cromo que sirve de cubierta á los de rústica.

Pepa B**.—*Gotas de coñac*.—Edición de gran lujo con 35 grabados en colores y elegante cubierta á dos tintas.—Un tomo en 4.º, 3 pesetas.

Gómez de Ampuero.—*¡Con verlo basta!* Novela festiva. Ilustraciones de Cuchy.—Un tomo en 4.º, con cubierta en cuatro colores, una peseta.

Chismes y cuentos.—Colección de chismes, cuentos y epigramas de varios autores. Un folleto en 8.º, con 100 grabados y una parodia de las *Humoradas de Campoamor*, una peseta.

Cuentos diáfanos.—Primera serie. *¡Solo para hombres!* Se han publicado los doce tomos ilustrados de que consta. Cada tomo, una peseta.

Idem.—Segunda serie. *¡Solo para señoras!* Se han publicado tres tomos ilustrados. Cada tomo, una peseta.

El espejo del alma.—Poema en tres cantos por J. de las Cuevas.—Ilustraciones de Cuchy. Cubierta holandesa con lamera y puntas sobre tapicería Smirna á tres tintas, una peseta.

Latigazos.—Poemas microscópicos, por J. Navarro Reza. Ilustraciones de Cilla, Cuchy y otros artistas. Cubierta emboitage á tres tintas con grabados y encuadrement de tapicería, una peseta.

Serrano de la Pedrosa (Francisco).—*La mujer, el marido y la vecina*. Novela festiva. Edición de gran lujo, con grabados en negro y colores y una lámina aparte. Un tomo en 8.º, con cubierta en colores, 2 pesetas.

Velarde (José).—*Toros y chimborazos*. Cartas en defensa de las corridas de toros, dirigidas á D. José Navarrete. Un tomo en 8.º, una peseta.

Estas obras se remiten francas de porte á todos los puntos de España.

Los pedidos, acompañados de su valor en sellos ó libranzas, á la Administración de este periódico.